



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de CEU-Universidad San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

MUSEO DE PONTEVEDRA

LA COSTA DE LA MUERTE
EN LA NOVELA OLVIDADA
DE UN SEVILLANO

POR

ANTONIO LINAGE CONDE



PONTEVEDRA

1991

Pintiparada para ejemplificar el endémico divorcio entre la vida literaria y la literatura viva es la postura del gran Rafael Cansinos Asséns hacia su coterráneo, el astigitano José Más y Laglera. Pepe Más como él le llamaba y aún le dicen en su Ecija quienes no le han olvidado al tramontar de sus tiempos, por más que no sean éstos muy lejanos, ya que ahora corre el año centenario de su nacimiento, y el de su muerte fue uno de los primeros de la postguerra, 1941, y bien alcanzado por las consecuencias de la tal.

Cansinos escribió todo un libro sobre él, *Sevilla en la literatura. Las novelas sevillanas de José Más* (1). Y bueno y sentido. "Exsul auctor" dice al dedicársela a su ciudad natal en latín. En él sostiene que "el alma y el paisaje sevillanos estaban dispersos y separados en obras fragmentarias que reproducían aspectos pretéritos o actuales de la ciudad o matices singulares de su compleja vida, o en los libros de los turistas literarios", habiendo sido José Más, el de Ecija, el hijo del hondo poeta de la misma Sevilla Benito Más y Prat, autor de *La Tierra de María Santísima*, quien logró al fin "la síntesis de la complejidad sevillana por el modo animado y vital de la novela, mediante el argumento profundo y el coro personal numeroso, guiado por el amor y el misterio, tendiendo invenciblemente a la tragedia, de manera que en cada una de sus obras la guitarra melódica, algo gárrula a veces, quíebrase al fin como la urna del destino, dejando oír el trino más intenso de su golondrina".

Y sin embargo de esta valoración, el retrato que en sus memorias (2) nos da Cansinos de Más es un tanto despectivo, haciendo hincapié en los aspectos más materiales de su menester, tanto que llega a dar la sensación de ser los otros apriorísticamente secundarios.

Yo tengo que agradecer póstumamente a Más haberme dado la ocasión de conocer a Cansinos, viejo ya entonces, en sus años postreros, como un torrente encerrado, en su modestísimo piso de la madrileña calle de Menéndez y Pelayo, pero siguiendo soñando juvenilmente con la belleza

como si las penas no hubieran caído sobre él en un diluvio de copitos de nieve blanqueándole. En relaciones con el primer editor de España, no podía publicar porque no eran comerciales, sus traducciones de poesía persa, me contó, y de cómo estaba “escalando” la muralla de la lengua china. Y de que a pesar de todo la vida era siempre una novela maravillosa. Tengo bien presente sin necesidad de cerrar los ojos el pequeño gabinete íntimo aquel, con un lienzo representando a un obispo o cardenal ocupando casi todo un paño de la pared; y el maestro, formidable en sabiduría y creatividad, animándome a llenar otra vez mi copa de coñac. En la entrevista me habló de Más, por quien yo me interesaba entonces, tal y como él le vió siempre en el fondo y como él de veras era, un creador estimable que llegó a una expresividad media en el ámbito que desde luego fue capaz de sentir de los hondos anhelos.

Pero si nuestro ecijano encarnó la novelística de Sevilla no estuvo cerrado a otros cielos y suelos, sobre todo cuando sintonizaban en su visión con esa vena trágica que él de siempre había visto identificada con su tierra nativa. Ahí está su “baile de espectros” en el país de los bubis, otro de sus títulos, en esa isla de Fernando Poo donde se había ganado la vida como tenedor de libros.

Y aquí *La costa de la muerte*, salida en 1928 (3), de los tórculos madrileños, la primera de una serie que con ella misma quedó interrumpida y conclusa, la de “las novelas de Galicia”. Desde cuando “los golpes rotundos, enérgicos, insistentes, en la noche negra y desolada, sonaron como avisos de angustia y de misterio.- “¡Abrid, rapaciñas, abrid!”. Es un muchacho argentino naufragado que llega en los brazos de un viejo pescador del lugar a quien aún no habían podido arrumbar ningunas de esas *caramuxas d'o mar*. Adrián el Patrón.

Ello se pasa “en Maltica (3), un pueblecillo de la costa brava”, habiéndose perdido el barco en los bajos de los Balieiros, cerca de las islas Sisargas.

Desde un principio nos envuelve la composición de lugar del léxico de la mar adentro. Así cuando el rapaz forastero quiere levantarse al día siguiente: “No conviene, rapaz, no conviene. Pudiera esta tarde visitarte la calentura. Y un buen marino que sabe donde está el peligro, no ha de recibirla. Hay que ponerse al paio, pexín, hay que ponerse al paio”. Y cuando le dice quiere quedarse allí sin necesidad de dar parte al cónsul de su país: “Bueno, deja que el barco navegue a favor del viento; pero sin escorarse mucho de estri-

bor, que podríamos dar la voltereta sin tener tiempo de agarrarnos al carel”.

La mar abierta y adelante que por mucho que se la ame no deja de tener cual trasfondo la seductora placidez enervante de los rincones de la tierra firme cerrada y adentro. Que hasta los anacoretas más santos fueron visitados en el desierto por los fantasmas del mundo, y aquél era muy otro caso: “La alcoba se iba poco a poco llenando de una luz gris que entraba cernida por la cortinita rameada de un cuadrado ventanillo. Con esa luz gris, los objetos del dormitorio parecían velados tenuemente como un paisaje visto al través de una ligera bruma, y esta habitación de hogar ribereño mostrábase así más sencilla, más tierna, más recogida, más anónima, más impregnada de poesía marinera. En unos marquitos veíanse retratos del abuelo, de la abuela, de las nenas y de los padres, y en una rinconera el lindo juguete de una barquita de porcelana con sus velas de nácar, y de otro fanalito de vidrio, de pareja con el Niño Dios, una imagen de Nuestra Señora del Rosario”. Aunque allí mismo la otra dimensión, el *leit-motiv* de la novela y del novelista. Una de las nietas, Ermitas, la de los ojos claros, llena la estancia con “el eco de una vocecilla cristalina y luminosa que dejaba ondular en el espacio, con melancolía infinita, los ayes y los adioses de estos versos ingenuos y sentidos creados por la fantasía algo enferma de una raza vieja y trabajada en el yunque del sufrimiento:

*Adiós, pueblo de Maltica:
adiós, barquitas y remos:
adiós, Virgen del Rosario,
tarde o nunca nos veremos”.*

La cantaba Ermitas la de los ojos claros, sí, pero en Maltica, ya lo dijo José María Castroviejo, “sobre las rocas del mar bravo es el viento mismo el que grita su más fuerte canción marinera, la canción del mar de la muerte, hermano de la *Pointe du Raz* y la *Baie des Trépassés* bretonas, dominadas y bendecidas por Nuestra Señora de los Naufragios -allá la Virgen de la Barca-, por donde se exitende la desolación entre las luces lívidas de la mañana primera, mientras las aves marinas, borrosas en la altura, lanzan desde la noche céltica hasta el límite un mensaje de fin de mundo”.

Y ya vimos la amabilidad de aquel interior doméstico. Tanto más de estimar y soñar también cuanto entre la naturaleza y el pueblo, esa naturaleza que estamos viendo, la continuidad es insensible. “Adheridas a la peña como

moluscos sucédense a derecha y a izquierda las casitas de los pescadores, con sus macizos muros pétreos. Hay trozos de roca tan enorme que algunas viviendas tienen toda la fachada construida de un solo bloque. Cuadradas chimeneas. Tejadillos que parecen de cartón. Soportales con sus columnillas, barandas de madera y balconillos corridos y descubiertos, pintados de verde, de rojo, de azul, de morado, de amarillo". Adheridas a la peña sin más sí. ¿Y a qué peña? "El peñascal aquí es como un inmenso cadáver que fantásticamente se fuera alzando del fondo de las aguas. Puntas de tierra robándole el terreno a éstas y fingiendo monstruos marinos de las más disparatadas formas y, lamiendo las aristas acuchilladas de las rocas, la dulce y ensoñadora planicie azul". A pesar de lo cual, "con sus colores vivos las casas juegan al escondite y se acechan de lejos, habiendo sitios tan estrechos sin embargo en que los balconillos de madera, opuestos entre sí, casi se rozan". "¿Y el puerto", se lo preguntaba el mismo rapaz de allende en su primera exploración. "De súbito un ancho espacio y la viñeta del mar en lo hondo y a uno y otro lado las garras monstruosas de las dos puntas de tierra clavándose en la carne azul de las aguas. ¿Era aquello el puerto? Únicamente las aguas, introduciéndose en las oquedades misteriosas y batiendo crueles los salientes negros y plomizos de las rocas. Indefenso, cara a la mar libre, era inabordable como puerto de refugio". En fin, otra vez cara adentro, "una plazoletilla que es un encanto. En el centro, una columna con su capitel, y encima el lábaro que muestra por su cara a Cristo crucificado y por la otra no al diablo sino a la Virgen Santísima".

En definitiva, que el pueblecillo, desde el monte, "sugería la imagen de un cachalote encallado, siendo las casitas como conchas blancas, verdes, moradas y amarillas, incrustadas por un artífice prodigioso sobre la piel negra y reluciente del cetáceo".

Y decíamos de esa constante de tragedia fatalista, en su caso el hincapié en una de las caras de su tierra meridional de impronta moruna, en la obra de José Más. Que no le abandona desde luego en esta su incursión septentrional.

A ello propicia, por mucho que de esa capacidad disintiera el buen patrón de la "Rosalia" bien lo supo Joaquín Turina llamada como su esposa fiel, al exhibir su faceta risueña: "Todos los meses cientos y cientos de barcos vienen a orientarse y a tomar rumbo a la altura de Finisterre. Sirven nuestras costas de guía para que se orienten todos los buques. ¡Y todavía hablan mal de esta costa! ¿Costa de la Muerte, Costa de la Muerte? ¿Costa de la Vida, Costa de la Vida! ¡Había que ser justos carayo!".

Sin embargo de lo cual, ¿no era él mismo uno de los hombres de mar del pueblo que con más reiteración ponía más morosidad también al contar la conseja, sucedido verídico de los tiempos de su padre aseguraba, del bergantín solitario, "sin nadie en el timón, ni en la proa, ni en el puentecillo, ni en la cubierta" que se hiciera pedazos en los bajos de Baldayo, saliendo de sus restos "un inmenso esqueleto con una guadaña gigantesca también que comenzó a alejarse hasta perderse por completo allá, en la línea negra y cargada del horizonte". Pero, lo que era más, que a la misma horita fue visto en toda la Costa Brava, desde La Coruña a Finisterre. Dándose por eso en llamarla desde entonces la de la Muerte.

Y el hilo del destino va tejiendo el argumento, fatídicamente sencillo como los de nuestro autor todos-cual en su Sevilla de *La orgía*, *La estrella de la Giralda*, *La bruja*, *Por las aguas del río*, incluso esa novela-guía de la ciudad que son los dos tomos de *La locura de un erudito*-. Entre la sucesión de los trabajos y los días siempre tramados por los hablars de la mar" ¿tienes frío? Tápate el cazo con la boina y con el copete resguarda la caldera".

De las dos nietas, Ermitas, "con sus ojos azules y su rostro de expresión cándida y bobalicona, representaba la Galicia mansa y dulce de las rías y de los pradiños húmedos; Marina, con sus ojos verdes y sensuales, hablaba en cambio de la Galicia fuerte y trágica". ¿Una simplificación tópica?. Algo de eso. Que a Pepe Más no hay que pedirle gollerías, aunque quizás por eso nos incita a acercarnos a él y a no dejar olvidarle del todo en estos tiempos tan diversos vital y literariamente, cuando para ello nos brinda esta ocasión la geografía literaria.

El muchachito náufrago, que era huérfano, Aurelio Menjuto en la realidad pero que allí había tomado el nombre de Paulino Cortizas, para nada tener que dejar de sí en adelante en su tierra de procedencia donde un tío suyo, al parecer no faltó del todo de razones, no le había hecho grata la vida, quizás de día en día demás, sin perderse nada de la tienda del Maragato, el Bar Rojo, y el otro "al Tesoro Escondido", sin que desde las islas Sisargas hasta la punta de Razo hubiera peñasco ni caverna que guardasen secretos para él.

Y se siguen la vida y la muerte y la muerte y la vida en la Costa de la Muerte o de la Vida, que a fin de cuentas no son, al igual de todas las otras, sino el anverso y el reverso. Y en la iglesia del pueblo, en esa iglesia que tiene "pendiendo de un hilo dorado un buque, un verdadero buque construido

de latón y pintado de colores, al que no le falta un detalle, quieto allí en el aire como un navío de leyenda que estuviese encantado; y en la penumbra de varios retablos, colgantes también de otros hilillos, bergantines, balandros, fragatas y lanchitas pescadoras, toda una flota de diversas unidades y anclada allí al abrigo de los muros santos", allí se casan Aurelio y Ermitas, porque no siempre sus campanas "volteaban con tristeza, como si tocaran por los difuntos, cual si sus sonidos metálicos viniesen de la mar y de un buque que demandase auxilio", Aurelio con su identidad recuperada a la fuerza por el imperialismo del papeleo.

Y luego de la muerte, que no se hizo esperar, de los dos abuelos y a poca distancia el uno del otro como Dios misericordiosamente lo quiso, la joven cuñada quedose con ellos en la casa de siempre. Luego de poseída ésa, a lo que no es ajena la codicia, pues en otro caso un galán de fuera podría llevarse la mitad de la hacienda que a ella tocara, recorre el contorno cual vendedor ambulante de las joyas - bisutería cree - encontradas en un maletín perteneciente a un barco naufragado.

Y es un desfile de lugares no demasiado vigorosos en la pluma de nuestro andaluz: Corme, Puente - Ceso, Lage, Vimianzo, Camariñas, que le recuerda nada menos que a Gelves asomándose al Guadalquivir entre álamos, "las casas no se parecen a las de Malta. En vez de balcones y galerías lucen unas enormes solanas que ocupan en algunas más espacio que la misma vivienda. Con su puertecito blanco y la tierra que se ofrecía dócil para recibir el beso del mar, como una enenadilla de dulzura y como un oasis acogedor escondido entre la adosta altivez del cabo Villano y los traicioneros peñascales de Mugía. Atracadero defendido por muros, como una pequeña dársena. Pinos gigantescos festoneados por eucaliptos, y en la misma punta, avanzando temerarias y audaces, las ruinas de una fortaleza. Se ven aspilleras y murallones con boquetes segados por las criptogamas parasitarias. Es una especie de castillo de If, con mazmorras y habitaciones que aún conservan la característica chimenea de campana", y desde lo alto del faro Villano "los trazos diabólicos" de los peñascos, el *Crego*, *Freijo*, el *Bolo*, el *Esquerda*, el *Espirillo*, la *islita de Esquilón*, el *Carcañal*, la *Fisga*, la *Punta de Estrunfe*, *A Furna do Inferno*, el *Villano de fuera*; y desde las ventanas del faro una sorprendente batalla a palo limpio con una bandada de pájaros amenazadoramente invasores, los mazaricos, y el antroido bailando entre las encajeras que la tradición dice aprendieron su oficio de unas viejas naufragas de Brujas pasajeras en un barco de Ostende.

“Desde Mugía el islote pequeño del Villano era un gigantesco bonete abandonado en aquellas aguas por un eclesiástico distraído”, como una chimenea de Camariñas misma, raro capricho del cura que la casa habitara. Y los formidables hórreos de granito, cual “monumentos funerarios de una gran ciudad lacustre”, bien distintos de esos otros de madera cual “cajas de sorpresa”. Y Cee y Corcubión, casi frente a frente. Otra vez las dos Galicias, la mansa - galerías acristaladas y torrecillas de la primera- y la brava. Y Finisterre con el barrio de la Angustia y la ermita del Cristo, creciendo el musgo en las aberturas de las tejas de la techumbre negruzca, como “la dentadura descuidada de un fumador sempiterno y oscurecida por la nicotina”. Con la apoteosis de todo el paisaje dilatado desde el faro suyo, y sobre todo sus un poco misteriosas puestas de sol, el cual no parece hundirse en el horizonte, sino algo más de cerca.

*Pasamos a ventoleira
y' o mar quíxonos comer:
salvounos o Santo Cristo,
que n' aí santo como él.*

El Pindo, adusto y bravo, que se asegura estuvo unido a Finisterre otrora, pareciendo que la montaña va a precipitarse sobre la aldea de su nombre, tendida a los pies del otro monstruo, el marino.

Y al fin desde Noya la Galicia suave, Noya más labradora que marinera, ciudad románica como Muros puerto griego.

Desde allí Aurelio se volvió a Maltica sin entrar en Corrubedo, el de los escollos y las dos playas sombrías, tendido en el arenal con las casitas aisladas y de un solo piso.

La romería de la Virgen de la Barca en Mugía, la de la parroquia con la escalinata que sube a la espadaña tallada en la misma roca. Quizás la descripción, a la vieja moda costumbrista, que en toda la novela tiene más color. “Oficiaban, con la majestad de los grandes acontecimientos, tres curas, con dalmáticas y casulla verde, y este color hacía un contraste muy bello con los paños rojos que cubrían algunos altares y las boveditas de los púlpitos”. Tanto color que lo es a costa de la realidad. Acabamos de verlo. Porque el litúrgico de la Virgen no es verde sino blanco. Mas de las limitaciones de Pepe Más ya sabemos y hay que tomarlo como es.

*Nosa Señora de Barca
ten a porta cara ao mar;
un poquiño máis abaixo
ten a pedra de abalar.*

Y el desenlace de la tragedia. El tío Ismael, cincuentón, soltero y con el corazón tierno, ha vuelto cariñoso de Buenos Aires. No tiene prisa, remansado en la fonda que con el mismo nombre de la lejana ciudad ha puesto su sobrino, consiguiendo allí resolver el problema de vivir sin trabajar. Marina le encandila. Aurelio piensa en la herencia. Organiza una excursión de los tres a las islas Sisargas para recordar los años que se fueron pescando percebes.

“Salían ya de *La Plancha*, y Aurelio, ayudado por su tío Ismael, izó la vela. ¡Hermosa perspectiva! Allá lejos, el islote de San Bartolomé, la punta del Razo y de Cayón, y más afuera los peligrosos bajos de Baldayo, con sus piedras más celebradas: *Potones, Congreira, Tumbadoira, Gran Campana, Cova da Pomba, Senreda, La Mayor, La Capitana*. Por el otro lado San Adrián, Punta de Nariga, y más lejos todavía, como si saliera trágicamente al encuentro de los buques, *Fieital do Mar*. ... Una pelusa verde cubría aquellas partes que miraban hacia el cabo de San Adrián. Pasaron cerca de la pequeña, suave, dulce, como una colinita que se hubiera disgregado del litoral. El canal de Estairón a un lado. Y otra isla: ¡Talieiro! La lancha iba quedando fuera del abrigo del cabo. Alejábanse mar adentro para dar la vuelta a las tres islas y verlas desde fuera. De súbito la decoración de la tierra, que se tendía con su faldilla de césped, desapareció como en un juego de nigromancia. Era ya otro mundo. ¿Pero era posible que en unas rocas la naturaleza pudiese encontrar tantos prodigios? Unos telones negruzcos, amarillentos y rojos, levantábanse ante la lancha como imágenes de pesadilla. Los escarpes monstruosos y los salientes demoníacos, en disputa eterna contra el mar, lo hacían retroceder, clavándole las zarpas pétreas en el pecho”.

Y en aquel escenario todo viene como traído de la mano. Aurelio despeña a su tío Ismael. Y él y Marina son devorados por la niebla.

Mi intención ha sido sólo la de hacer revivir esta muestra de turismo literario olvidado de un andaluz por las brumas del norte, en una época en la que ya había pasado el predicamento de la segunda mitad de la centuria anterior por el paisaje septentrional en nuestra gran novela: *Marianela, Los pazos de Ulloa, La aldea perdida, Peñas arriba*. Un andaluz que precisamente no se

olvidaba de sus lares por allá arriba. Así en la ermita de la Barca: "Algunos fieles lloran, otros miran con ojos iluminados a la imagen pequeñita, que con su hábito rojo, su manto azul con estrellas, su cetro dorado, el niño sobre su pecho, y tan morenita, parece una Virgen sevillana".

Pero ahí queda esa especie novelesca que un poco también puede hacer de reposada guía. "-;A ocho y media la medida de sardinas y a veinte este quión! ¡Entran langostas y abadejos y doile de regalo este congrio que para su mesa lo querría el arzobispo de Santiago!".

(1) (Madrid, 1922).

(2) *La novela de un literato, 2. 1914-1923* (Madrid, 1985); "José Más. Erotismo y misterio" y "Pepe Más eufórico", pp. 209-13 y 241-2. "Pepe Más crec hallarse en posesión del verdadero concepto de la novela, y por lo tanto se considera el único novelista después de Blasco Ibáñez".

(3) Sin ninguna duda se trata de Malpica de Bergantiños. Esta manera burdamente transparente de disfrazar los nombres propios era habitual en Más. Así en *El rebaño hambriento en la tierra férax*: llama a Primo de Rivera Prilo de Civera.

(4) Escribieron artículos críticos sobre la obra en la prensa de entonces A. BARREIRO, J. CASTEJÓN, F. de CASTRO, CÉSAR A. COLLANTES DE TERÁN, F. ESCOLA, V. FERNÁNDEZ ASÍS, P. GANTES CORRAL, A. JARDÍN ARANDA, J. LAGUILLO, J. LESTA MEIS, A. MOISÉS, L. NAVARRO LARRIBA, J. SOLA TAXONERA, A. VILLAR PONTE Y S. VALVERDE. Aparecieron en "La Voz de Galicia"-trece-, "El Ideal Gallego", y "El Orzán", de La Coruña; "Vida Gallega", de Vigo; "La Zarpa", de Orense; "El Liberal" de Sevilla y "El Noticiero Sevillano"; "Nuevo Mundo", "Heraldo de Madrid", "La Voz", "La libertad" e "Informaciones", de Madrid; "El Diluvio" de Barcelona; "La Gaceta Regional" de Salamanca; "El Diario Español" de Buenos Aires; "El Eco de España" de Rosario de Santa Fe; y ABC de Lisboa. De los títulos notamos tres de "La Voz de Galicia": *Como vivió José Más su último libro. La novela de la Costa Brava*, de Alejandro Barreiro, el 2 de febrero de 1921 (también en "Vida Gallega" del mismo día y en "El Diario Español" del día 28); *Novelas regionales. La pintura del paisaje*, de José Castellón; y *José Más en las Sisargas. Una carta de los toreros del Faro*, de A. Jardín Aranda, el 3 de octubre de 1928. El estudio más documentado y denso sobre la obra de Más es el de Joaquín de Entrambasaguas, pp. 708-72 del tomo V (Barcelona, 1959) de "Las mejores novelas contemporáneas".